



LOS EFECTOS DE LA CRISIS Y EL FUTURO DE LA EDUCACION DE ADULTOS

Rubén Aguilar

Este artículo tiene como base una conferencia pronunciada por el autor el 6 de octubre de 1991 en el CREFAL.

En el mundo contemporáneo hay que evitar pasar del idealismo al pragmatismo, y de éste al cinismo”.

Eugene Evtushenko.

“La desesperación es el principio del conocimiento”.

Soren Kierkegaard.

El presente trabajo se estructura en cuatro apartados. En el primero, “Los saldos de la década perdida”, se intenta analizar cuáles fueron los efectos negati-

vos de la década de los 80, que la CEPAL ha calificado como “perdida”, pero también propone los elementos positivos de esos diez años.

En “El estado de malestar social”, segundo apartado de este texto, se estudia cómo la “década perdida” trae consigo una serie de cambios en el comportamiento de grandes sectores de la sociedad y de la vida institucional.

Sobre cuáles son algunos de los grandes temas o áreas de problema que debe trabajar la educación en general, y más particularmente la educación de adultos, trata el tercer apartado: “La educación de adultos en el horizonte de la crisis y el futuro de América Latina”.

En el cuarto y último apartado, “La educación de adultos en cuatro posibles escenarios de América Latina”, se proponen posibles horizontes hacia los que puede evolucionar la Región y el papel que en cada uno de ellos podría tener la educación de adultos.

I. LOS SALDOS DE LA “DECADA PERDIDA”

1. La crisis económica¹

1.1. PIB, deuda externa e inflación

Durante la década de los 80 el Producto Interno Bruto (PIB) de los países del área dejan de crecer. Cuando llega a registrarse crecimiento en algún país, salvo el caso chileno, éste se presenta por debajo del aumento de la población.

Entre 1981 y 1990 el PIB decreció, en el conjunto del área, en 10%. En 1990 el PIB cayó en 13 países, se mantuvo en ocho y sólo creció en tres, de acuerdo a datos de la CEPAL.

La deuda externa, de la que ahora ya no se habla, continúa como uno de los más graves problemas del Continente. Para diciembre de 1990, en versión del BM, con la que coinciden la CEPAL y el SELA, el monto total de la deuda externa de América Latina ascendía a 429 000 millones de dólares. Lo anterior supone que la deuda *per cápita* de Latinoamérica es de 1 000 dólares, ya que de acuerdo con las últimas estadísticas el conjunto de la población de América Latina es de 430 millones de habitantes.

De 1983 a 1990, ante el monto de la carga impositiva de la deuda, los países de América Latina pasaron de ser importadores netos de capital a exportadores.

En estos siete años el conjunto de los países del área han pagado 200 000 millones de dólares por concepto de intereses. (No se incluye la amortización de capital).

El caso de México puede ilustrar, a manera de ejemplo, el problema que implica el pago de la deuda para cada uno de los países de la Región. En 1985 el Gobierno de México destinó 5.9% del presupuesto federal a gastos de salud y 37.3% al pago de la deuda. En 1988, tres años después, a salud sólo correspondió 4.8% del presupuesto mientras que se destinó el 56.7% al pago de la deuda.

El 75% de la deuda latinoamericana se concentra en sólo cuatro países: Brasil, México, Argentina y Venezuela. En la Región, al iniciarse 1991, había retrasos en el pago de la misma por 27 000 millones de dólares. Los países que concentran los mayores retrasos son: Brasil, Argentina, Perú, Ecuador y Costa Rica.

La deuda externa, aunque se trate de ignorar, sigue siendo una carga insostenible para el conjunto de los estados nacionales de América Latina y permanece como un problema al que no se le ve solución.

La inflación, aunque se ha logrado frenar en alguna medida, continúa presente como uno de los más relevantes problemas de la economía latinoamericana. Durante 1990 el promedio general del área fue del 25%, sin incluir a las “inflaciones crónicas”, con las cuales el porcentaje aumentaría considerablemente. Los países de “inflación crónica” obtuvieron los siguientes porcentajes: Argentina, 1 800; Brasil, 2 400, y Nicaragua y Perú 9 000 cada uno. Unos años antes, en Nicaragua y Bolivia se llegaron a alcanzar índices de inflación del 36 000%.

1.2. Salarios, desempleo y pobreza

El deterioro real del ingreso tiene una caída de 70% en prácticamente todos los países del área, y la relación entre los factores de la producción, capital y trabajo sufren modificaciones relevantes. En 1980 al trabajo correspondía el 45% del PIB, mientras que al capital el 55%. Pero para 1989 al trabajo sólo le pertenecía el 42% del PIB, y al capital el 58%. De otra manera, por cada peso, sol, guaraní o colón que se produce 42% corresponde al trabajo y 58% al capital. La tendencia que se desata en los años 80 anuncia que las diferencias tenderán a radicalizarse siempre a favor del capital.

Al iniciarse 1991, según estadísticas conservadoras, 200 millones de latinoamericanos, 46% de la población total, se encontraban en condiciones de desempleo o subempleo. En 1989 se estimaba que a estas categorías pertenecía el

Rubén Aguilar

42% de la población. El desempleo y subempleo tiende a crecer, año con año, en América Latina.

En la década de los 80 todos los indicadores sociales caen. Los que sufren la más drástica reducción son salud, educación y vivienda. Hasta la mitad de la década, los indicadores de bienestar social crecen, pero a partir de ese periodo empiezan a retroceder. Su caída es uno de los elementos que mejor caracterizan la “década perdida”.

Algunos especialistas calculan que la caída de los indicadores sociales representa un retroceso de 10 o 15 años en el conjunto del área, pero en casos particulares, como pudiera ser el Perú, se habla de hasta 25.

El producto más grave de todas las tendencias y datos que hasta aquí se han propuesto lo constituye, sin lugar a dudas, el incremento de la pobreza en América Latina. En 1980, de acuerdo a cifras de la CEPAL, había 136 millones de “pobres” en la Región, que representaban 41% de la población, y 62.4 millones de “indigentes” (extrema pobreza), que constituían 19% de la misma. La suma total de estos dos sectores representaba 60% de la población total de América Latina. A principio de la década de los 90, también de acuerdo con la CEPAL, el número de pobres e indigentes sumaba ya los 270 millones de latinoamericanos, lo que representa 62% del total de la población. La pobreza en la última década ha crecido no sólo en números absolutos sino también en números relativos.

2. La movilización de capitales y la cooperación internacional

Hacia mediados de la década de los 80 deja de ingresar dinero nuevo a la Región, al frenarse el flujo de los créditos de los organismos financieros internacionales. Los préstamos, cuando llegan, son insignificantes.

A lo anterior hay que añadir que la “sangría” de capitales no se detiene. De un lado está el monto que abandona la Región en pago de los intereses de la deuda, y de otro el capital privado que sigue saliendo en búsqueda de lugares más seguros. A manera de ejemplo, para ilustrar la gravedad del problema, se puede tomar el caso de México. Cálculos conservadores estiman en 40 000 millones de dólares el capital privado que emigró a bancos norteamericanos y suizos al final de los 70 y principios de los 80, y en 10 000 millones de dólares anuales lo que se destina al pago de la deuda externa. Estas cantidades indican el nivel de descapitalización de la economía mexicana, que, en las proporciones correspondientes, no es muy distinta en los otros países de la Región.

En un estudio del Instituto de Economía de Harvard dado a conocer en 1991, se estima que durante los próximos años habrá una transferencia neta de capital de 30 a 90 000 millones de dólares (préstamos, inversiones y ayuda) a los países del Este. En ese mismo trabajo se afirma que los capitales que tradicionalmente iban hacia América Latina ya no vendrán con tanta facilidad, dado que se estudiará la posibilidad y conveniencia de enviarlos a Europa del Este. De cumplirse los pronósticos de Harvard, la escasez de capitales en la Región tenderá a agravarse.

Existen cálculos que estiman que en los próximos dos o tres años se puede presentar un déficit de 60 000 millones de dólares en los mercados de dinero ante el flujo de capitales que se destinarán a esos países. Se calcula que del total de éstos 50% se trasladará a la Unión Soviética.

La ya problemática crisis financiera de América Latina se agravará por los recientes sucesos ocurridos en la Europa del Este. A esto hay que añadir que para la banca internacional son sujetos de crédito reales sólo cuatro o cinco países de la Región.

3. El modelo neoliberal

Al inicio de los 80 en todos los países del área, salvo Cuba, se empieza a implantar en materia económica un modelo neoliberal, que a lo largo de la década se consolida y fortalece.

De manera muy sintética se pueden proponer tres notas que caracterizan el modelo:

- Primero, y antes que nada, se trata de una propuesta diseñada por los organismos financieros internacionales. No es producto de la "originalidad" o "genialidad" de los gobiernos de la Región, como en más de una ocasión se quiere hacer ver, sino que son directrices o "recomendaciones" emanadas del Banco Mundial (BM) y del Fondo Monetario Internacional (FMI), que los gobiernos de la Región se ven obligados a acatar, con mayor o menor facilidad, para poder ser aceptados como sujetos de crédito y "miembros" de la comunidad internacional. Esto resulta todavía más evidente si se leen los planes de gobierno en materia económica o si se analizan las políticas de ajuste de los países de la Región. En todos los casos, trátase de Brasil o Argentina, de México o Chile, hay una semejanza enorme, porque todos tienen un mismo diseño.

- El neoliberalismo supone, en su esencia más profunda, la apertura total e irrestricta al capital privado, sea este nacional o extranjero. El modelo implica la

reprivatización de la economía, lo que sugiere también la privatización del conjunto social. La aplicación del modelo avanza de manera desigual de uno a otro país, pero en Chile y México es donde se ha aplicado con más rapidez y también con mayor profundidad.

- La privatización de la economía lleva consigo considerar que el mercado es el regulador y garante del buen funcionamiento de la economía y el conjunto social. Esto supone que el Estado se sustrae totalmente de la actividad económica y ahora, en su nuevo papel, sólo asume las tareas de un agente que orienta y guía el proceso. El sector privado, nacional y extranjero, al constreñirse el papel del Estado, asume en buena medida la reproducción de tareas y servicios tradicionalmente adjudicados sólo al Estado. En algunos países se privatizan amplias esferas de la educación y de la salud, pero también de la construcción de vivienda y la infraestructura (carreteras, puentes, puertos, etcétera).

4. La globalización

Otro dato fundamental que caracteriza a la “década perdida” es el fenómeno de la globalización, que adquiere carta de ciudadanía en este periodo. Se trata de una tendencia mundial que, con todo, se expresa de manera particular y distinta en cada región del mundo.

En América Latina el proceso de globalización responde y está determinado por dos grandes crisis: la propia de los países de la Región, a la que ya hemos hecho mención, pero también a las profundas dificultades que vive hoy la sociedad norteamericana.

En los últimos diez años la economía norteamericana, con altas y bajas, ha vivido una serie de problemas. La recesión se ha hecho evidente a partir de hace tres años. El déficit presupuestal y el comercial son ahora crónicos. Pero a pesar de sus enormes cantidades, ambos son todavía pequeños si se les compara con el tamaño del PIB norteamericano. Estos indicadores revelan, con todo, un deterioro creciente, y al parecer irreversible, de la economía de ese país, que se refleja en la pérdida real de competitividad de Estados Unidos frente a Europa y Japón, los otros grandes focos de la globalización.

La globalización en el continente americano está determinada por las necesidades de la economía norteamericana y no necesariamente por los intereses específicos de cada uno de los países de Latinoamérica. A finales de 1991 el presidente George Bush señalaba que como producto de la apertura comercial de México -entiéndase globalización- su país había podido generar 20 000 nuevos

empleos, mientras que del lado mexicano, producto precisamente de la apertura, se seguían perdiendo fuentes de trabajo. Se dice -esta es la apuesta- que los empleos de México vendrán después.

En este marco general se debe de contemplar la “Iniciativa de las Américas”, propuesta por el Gobierno del presidente Bush, y analizar las contradicciones entre el Norte y el Sur que, sin duda, tienen también que ver con el fenómeno de la globalización.

5. El derrumbamiento del Este y la crisis de los paradigmas

Otro fenómeno de los 80 es la caída del Este, que tiene profundas connotaciones en lo político, pero también en el ámbito de la teoría social.

Ya desde principios de la década se percibía que las sociedades del Este pasaban por una crisis profunda. En ese momento es más evidente el deterioro económico que el político. La caída del muro de Berlín, en noviembre de 1989, es el símbolo que pone de manifiesto lo irresoluble de la crisis en el Este, que viene a confirmarse de manera rotunda con lo ocurrido en la Unión Soviética en 1991.

Los sucesos en el Este ponen en crisis no sólo las utopías, sino también, y sobre todo, a un paradigma de interpretación social que tenían vigencia y gran influencia en América Latina.

El derrumbamiento del Este ha provocado el fortalecimiento del pensamiento conservador a nivel mundial, que es también otro fenómeno de los 80. Un ejemplo acabado de este pensamiento es el artículo “El fin de la historia”, del norteamericano Fujiyama. En la tesis central de este artículo se propone que en la lucha entre los dos grandes sistemas sociales del siglo XX el capitalismo ha triunfado ya de manera definitiva, y ello abre una nueva etapa que es precisamente “el fin de la historia”. En el artículo se propone que la democracia y la libertad son el sinónimo del capitalismo y el liberalismo económico. Ya no hay enemigo que vencer.

La confrontación Este-Oeste llega a su fin precisamente por el desmoronamiento de uno de los contrincantes. Se termina la guerra fría, pero se empiezan a crear las condiciones para el surgimiento de luchas interimperiales que no necesariamente tendrán que ser armadas. La tensión entre Estados Unidos y Japón está presente, lo mismo que de éste con Europa o de ésta con Estados Unidos.

La visión de un mundo unipolar, donde los Estados Unidos actúan como la única potencia mundial capaz de condicionar al resto del mundo, es momentá-

nea. Estados Unidos se consolida en los 80 como una enorme potencia militar y, en algún sentido, también política, pero ya no como una potencia económica. En la lista de los diez primeros bancos del mundo no existe ninguno de origen norteamericano.

En la “década perdida” hay una recomposición en términos del capital, aunque todavía no del poder político y militar. No obstante, hay que señalar que en la definición clásica de imperio, para poder ser tal se necesita concentrar, a una vez, el poderío económico, político y militar. Si falta uno de los elementos el imperio empieza a fallar.

6. Conciencia ecológica

En la década de los 80 adquiere carta de ciudadanía la conciencia ecológica. Antes de estos años, la ecología no estaba presente en los programas de gobierno de América Latina. En este periodo los organismos internacionales y los gobiernos de la Región cobran conciencia sobre el deterioro enorme del medio ambiente. Se inicia entonces un cambio en los patrones culturales no sólo de los gobiernos sino también y, sobre todo, de los ciudadanos y sus organizaciones. La conservación del medio físico, y no su explotación, empieza a tener importancia.

Para proponer un solo dato que indica el nivel de deterioro del medio ambiente en la Región, basta señalar que 50% de todos los bosques tropicales del mundo se encuentran en América Latina y que cada año desaparecen siete millones de hectáreas según datos de la FAO.

Un dato relevante de estos años es que en América Latina se empieza a romper el mito de que la vida en las ciudades es la mejor. En Europa y Estados Unidos, por lo menos desde hace 20 años, vastos sectores de la población han optado por vivir en pequeñas ciudades de carácter rural. Hasta los 80 el paradigma de la modernidad y el éxito en nuestra Región se fincaba en la vida urbana.

7. La instauración de las democracias formales

En toda la Región, en la década de los 80, se consolidan los procesos democráticos formales. Caen las dictaduras en Chile y Paraguay. Los procesos electorales, con más o menos limpieza, se afianzan en todos los países, pero al mismo tiempo se acrecienta el autoritarismo, que ahora se justifica por la necesi-

dad de implantar “políticas de choque” en materia económica. Se argumenta que el ajuste tiene tales dimensiones y es de tal envergadura que exige que el Estado nacional tenga el control absoluto sobre el conjunto de la sociedad, incluso a costa de la democracia.

La democracia, aunque en muchos casos sea sólo formal, es algo que llegó a América Latina con carácter permanente. No se vislumbra, por lo menos con facilidad, que pueda volverse al camino del golpe de estado o a la dictadura. En este horizonte, los sucesos de Haití parecieran ser la excepción que confirma la regla.

8. Los movimientos populares

Al inicio de la década se desarrolla un movimiento popular muy activo en la Región. En 1979 triunfa la revolución nicaragüense y un año después, en 1980, surge el FMLN en El Salvador y, posteriormente, la URNG en Guatemala. En seis países los movimientos de liberación nacional logran desarrollarse y avanzar en los primeros años de la década.

Para estas mismas fechas, en los distintos países surgen nuevos actores y sujetos sociales: las organizaciones de colonos, grupos ecologistas, comunidades eclesiales de base y grupos de mujeres y jóvenes irrumpen con fuerza en la vida política de la Región.

A la mitad de la década el conjunto del movimiento popular se frena, e incluso retrocede, con relación a la etapa anterior. Expresión de esta crisis es la dificultad que tienen los grupos para organizarse y mantenerse. La crisis económica, que obliga a concentrar todos los esfuerzos en la búsqueda de la supervivencia, es un factor que dificulta el avance del movimiento popular.

9. Una nueva cultura política

En el conjunto del área surge una nueva cultura política ciudadana. Aunque en algunos países del Continente ya existía ésta, como es el caso de Chile y Uruguay, la llegada de las dictaduras canceló su desarrollo. La “década perdida” es testigo, con la caída de las dictaduras, de la recuperación del espacio de participación perdido para algunos países, mientras que para otras es el inicio de una nueva experiencia ciudadana.

Los habitantes de la Región asumen un papel más activo y consciente, de mayor exigencia. En diversos países, en algunos más que en otros, empieza a surgir o se consolida lo que se conoce como la sociedad civil. En unos países más que en otros, el Estado lo era todo -y en algunos lo sigue siendo todavía-, como sucedía en los países del Este, donde éste era a la vez partido (sociedad civil) y gobierno.

El sufragio en los 80, por ejemplo, adquiere valor como una manera de participar y decidir sobre el futuro. Para millones de latinoamericanos la década de los 80 trajo consigo la posibilidad, por primera vez, de votar.

La madurez de esta nueva cultura política trae aparejada un desarrollo de la sociedad civil que se ha expresado en la nueva importancia de las organizaciones que se conocen como no gubernamentales (ONG). En la década anterior ya existía un buen número, pero su presencia era marginal y no tenían lugar en la mesa de la discusión de nuestras sociedades. Desde años atrás los organismos internacionales reconocían y valoraban el trabajo de las ONG, pero para los gobiernos de la Región éstas no existían. La razón fundamental de esta ignorancia seguramente se origina en el atraso político de muchos de nuestros gobiernos.

En la década, con todo, las ONG cobran nueva importancia y en muchos casos se convierten ya no sólo en interlocutores relevantes de la sociedad civil sino también de los gobiernos.

Otra expresión de la nueva cultura política es que las organizaciones populares y los partidos políticos abandonan el discurso radical, al tiempo que surgen nuevas y prometedoras alianzas entre fuerzas que sólo unos años antes hubiera sido imposible imaginar. Ahora, ya no se privilegian las diferencias sino que se buscan las convergencias y la unidad.

II. EL ESTADO DE MALESTAR SOCIAL²

La “década perdida” ha traído consigo lo que Eduardo Bustelo, de la UNICEF, define como “estado de malestar social”. Se supone que durante décadas una de las misiones centrales de los estados nacionales fue propiciar el “bienestar social”. Paradójicamente, lo que éstos lograron en los últimos diez años fue crear un “estado de malestar social”.

El “estado de malestar social” se caracteriza por dos grandes notas: por un lado, el efecto psicosocial en la población, como consecuencia de la crisis, y, por otro, el carácter del comportamiento institucional, producto también de la misma.

1. El efecto psicosocial de la crisis

La “década perdida” canceló la posibilidad de ascenso y movilidad social de los habitantes de la Región. A lo largo de los 80 lo único que se ha podido obtener es deterioro y pérdida (véase el primer apartado).

Ante la incapacidad de respuesta efectiva para satisfacer las expectativas y demandas de la población, los gobiernos nacionales propician el individualismo. La propuesta fundamental es que cada quien debe resolver los problemas que le aquejan por sí mismo. Ante la gravedad de la propia situación, también se consolida la salida individualista entre los sectores populares. Desde esta perspectiva gana posición aquello de “sálvese quien pueda” como único camino aparente de solución a los efectos terribles de la crisis (desempleo, pérdida de poder adquisitivo, empobrecimiento, etcétera).

La crisis y la aparente salida de la misma ha atentado, dice Bustelo, contra el tejido social y las redes comunitarias. Ambas se han también deteriorado. Hoy, al interior de los sectores más golpeados, se ha extendido un estado de ánimo que se traduce en dos aspectos fundamentales. Por un lado, se ha abierto lugar a un estado general de “desesperanza” que no sólo afecta a los pobres de siempre sino también a vastos sectores de la tradicional clase media (maestros, profesionistas, etc.), los nuevos pobres. Por otro, se aprecia un nuevo estado de “descreimiento” en todo, y de manera particular en el papel del Estado. Si antes no llegaron los servicios que éste prometió, ahora nadie cree que llegarán pese al discurso “optimista” e irreal de los gobiernos.

El conjunto de los elementos hasta aquí planteados son los que generan el cuadro de “malestar social”, que tiene como efecto inmediato la caída generalizada de las expectativas relacionadas con el ascenso y el mejoramiento de la calidad de vida de los ciudadanos.

Es tal el estado de desesperanza y descreimiento de los sectores más empobrecidos y golpeados por la crisis que ya no les interesa seguir luchando de manera conjunta, no creen ya que por este camino puedan darse los cambios y la mejoría social. Esto provoca que sea cada día más difícil aglutinar a los afectados para que luchen con objeto de que las cosas cambien. A mediados de los 80 ya era difícil organizar a los sectores populares, pero hoy en día la dificultad se agrava y agiganta.

2. El comportamiento institucional

El desmantelamiento y “achicamiento” del Estado, condición de la política neoliberal que hoy se impulsa en toda la Región, ha contribuido a generar el

“estado de malestar social”. A este propósito conviene analizar cinco grandes políticas que de manera muy precisa han golpeado la política social del Estado:

- La reducción de los presupuestos ha provocado que no se sigan construyendo nuevas infraestructuras hospitalarias o escolares, pero que tampoco se mantengan y conserven las que ahora existen. Los hospitales, para poner un ejemplo, no tienen los elementos más indispensables. Una buena parte de los servidores públicos en esas instituciones sólo se hacen presentes para poder cobrar. Hay una real pérdida del valor de la profesión médica y la del maestro.

- La descentralización de los servicios en una inmensa mayoría de las veces no necesariamente responde a una mejor organización del trabajo, sino al deseo del gobierno central de deshacerse de responsabilidades por falta de recursos. El problema se deriva entonces al estado fulano o al municipio sutano, que tampoco tienen recursos para hacer frente a las necesidades. El servicio termina por cerrarse.

- La privatización total o parcial de los servicios dificulta y aleja de la atención a los sectores más empobrecidos de la sociedad. Con el actual estado de pobreza e indigencia creciente no es real que esos sectores vayan a tener recursos para hacer frente a la problemática de su salud. Es cierto que el Estado ha sido muy ineficiente en el manejo y administración de la estructura de salud, pero la salida a este problema no se resuelve privatizando lo que el Estado ha hecho mal. En el actual estado de cosas, quien realmente podrá pagar los hospitales o las escuelas será seguramente un sector minoritario de la población.

- La “ritualización” de los ministerios sociales, en particular los de educación y salud, es algo creciente. Hoy pueden hacer muy poco. El 90 o 95% del presupuesto de esos ministerios se destina al pago de sueldos y no tienen recursos para impulsar políticas propias o para abrir nuevos programas.

- La utilización de las ONG y de la familia es creciente. Sin duda, el incremento de la participación de la sociedad civil es algo digno de tomarse en cuenta y que se debe impulsar. Pero sucede que en una gran cantidad de las veces involucrar a las ONG no se da como respuesta a una voluntad real de abrir los espacios de participación de los distintos sectores sociales, sino más bien como un mecanismo para paliar y dirimir problemas, a los cuales el Estado Nacional, aunque debe, no está haciendo frente.

III. LA EDUCACION DE ADULTOS EN EL HORIZONTE DE LA CRISIS Y EL FUTURO DE AMERICA LATINA

Los profundos cambios ocurridos en la pasada década plantean a la educación en general y a la educación de adultos en particular retos e interrogantes de

primer orden. Cinco pudieran ser los grandes campos de los desafíos en este periodo:

- En términos económicos y políticos los estados nacionales plantean una nueva manera de hacer las cosas, sustentados en la teoría del neoliberalismo, pero no plantean una nueva teoría de la educación. La realidad latinoamericana se ha polarizado ahora más que nunca. Hay un sector moderno que cruza diversos estratos socioeconómicos, pero también un sector atrasado que así se va a quedar por muchos años. Ante esta realidad surge la pregunta sobre cuál debería ser el papel de la educación o cuál su definición y marco conceptual. Los estados nacionales no tienen una definición clara o una teoría de la educación. En otras épocas operaron teorías educativas como las del capital humano, para señalar un ejemplo, pero ahora no se tiene una propuesta clara. Es necesario que los sectores que se mueven en el ámbito de la educación propongan una nueva teoría capaz de responder a los retos y realidades de la Región, que necesariamente incluya una definición del papel de la educación de adultos.

- En el marco de la globalización es necesario repensar los modelos educativos nacionales. El Tratado de Libre Comercio (TLC) entre Estados Unidos, México y Canadá, pero también el MERCOSUR, que se organiza con la participación de Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay, plantean de inmediato problemas prácticos y específicos. Es indispensable pensar, por ejemplo, si la educación necesariamente deberá ser bilingüe o si parte de los programas de estudio tendrán que ser iguales entre los países. La globalización va implicar, entre otras cosas, que los sectores obreros mejor preparados, sea cual sea el país, van a ser los que tendrán mejores posibilidades de desarrollo. Esto hace referencia directa al ámbito de la educación de adultos.

- El desmantelamiento del Estado afecta la calidad del conjunto de los servicios sociales y de manera particular al educativo. La privatización de la enseñanza es una tendencia creciente que golpea de manera desigual al conjunto social. Es necesario tener un panorama más claro de cómo esta tendencia va a afectar el desarrollo de la educación de adultos. En la nueva dinámica social existe la posibilidad de que esta educación pueda ser dejada de lado por las instancias gubernamentales o se mantenga sólo a nivel simbólico (ritual).

- Uno de los sectores sociales que más intensamente ha trabajado en torno a la educación de adultos en la Región ha sido el de las ONG, inspiradas en un paradigma de cambio social, hoy en crisis. Estas organizaciones deben replantear su tarea y su discurso en el horizonte de los cambios, so pena de ser rebasados por la realidad. El conjunto de estas instancias, por sus propias características de actuación, pueden ayudar a descubrir cuáles podrían ser los nuevos caminos y métodos de la educación de adultos en el área.

- De manera muy particular, la educación de adultos debe responder a dos cuestionamientos que en el actual horizonte resultan relevantes: ¿cuál es el papel

de la educación de adultos en la nueva y desigual realidad económica de cada uno de los países?, y ¿cuál es el aporte de la educación de adultos en la nueva cultura política que hoy se abre camino en el área?

IV. LA EDUCACION DE ADULTOS EN CUATRO POSIBLES ESCENARIOS DE AMERICA LATINA

1. Primer escenario

La crisis continúa más o menos con las características de la década anterior. Se consolidan las ideologías que proponen que la sociedad no se puede cambiar y que asumen que siempre habrá la presencia, trátase del mundo o también de las sociedades particulares, de un sector rico y moderno y otro pobre y atrasado.

En este escenario, las diferencias sociales en y entre los países se agudizan. Los sectores populares no reaccionan y gana camino la “desesperanza” y el “descreimiento”.

En este escenario, la educación de adultos asume características que todavía es necesario desarrollar. Hay quien habla que en esta fase la educación de adultos sólo puede ser entendida como una educación para la sobrevivencia o de la solidaridad.

Lo cierto es que hoy amplios sectores de la Región viven ya en este escenario, y no se ve posible que para ellos esto pueda ser modificado en la década de los 90.

2. Segundo escenario

La crisis continúa hasta la mitad de la década de los 90, pero a partir de ahí, y como resultado de la política de ajuste, se empiezan a superar las dificultades económicas. Los salarios recuperan su capacidad de compra, se generan nuevos empleos, la economía crece, etcétera.

En este escenario la educación de adultos probablemente debería canalizarse a un esfuerzo descomunal de capacitación de mano de obra para los nue-

vos puestos de trabajo y contribuir a la incorporación de los sectores más atrasados a las exigencias de la modernidad.

Los actuales gobiernos del área prometen que pronto este escenario se hará realidad para toda la sociedad. Lo que hoy podemos observar es que en algunas regiones de los países del área -en muchos de los casos zonas fronterizas- se vive hoy una nueva y promisoría realidad económica. Las exigencias y condiciones de vida son duras, pero el trabajo de planta existe y con ello la remuneración económica permanente.

Ante esta realidad, que abarca sectores muy pequeños en el conjunto de los países, la educación de adultos debería plantearse nuevas formas de acción y dirigirse probablemente a la formación democrática, a la defensa de la legalidad, etcétera.

3. Tercer escenario

El proyecto neoliberal no resulta y la economía sigue en permanente crisis, lo que a su vez provoca continuas explosiones sociales, ya no a la manera de las revoluciones de Nicaragua o El Salvador, pero sí como las expresiones de descontento que se han suscitado en Argentina y Venezuela. Los grandes contingentes sociales se mantienen en permanente protesta y descontento, que se expresan en acciones callejeras violentas de carácter coyuntural.

La educación de adultos tiene que ubicarse en ese contexto social y proponerse, tal vez, la misión de canalizar y potenciar la energía social de los sectores que protestan. En todo caso, queda un vasto camino por trabajar para definir el papel de la educación de adultos en un horizonte como éste.

4. Cuarto escenario

La crisis económica radicaliza los procesos democráticos en América Latina. La política de ajuste fracasa y con ella el modelo neoliberal. Ante la tensión social los Estados Nacionales, para poderse sostener, optan por abrir de manera amplia el juego político, lo que implica la consolidación de la democracia real y ya no sólo de la formal. Todo esto con el ánimo de derribar y “repartir” la crisis y los problemas con el conjunto social.

La educación de adultos en este horizonte, todavía poco probable, podría jugar el papel de preparar a los ciudadanos para la participación y la democracia. En todo caso, algo de este horizonte está ya presente en algunos países de la Región, por lo menos en diversas áreas de la vida social. La educación de adultos tiene algo que decir ante esta realidad.

NOTAS

- 1) Para la elaboración de este apartado se utilizaron las siguientes fuentes: Comisión Económica para América Latina (CEPAL), Sistema Económico Latinoamericano (SELA), Banco Mundial (BM) y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).
- 2) Las ideas que se presentan en este apartado deben mucho al artículo de Eduardo Bustelo "La producción del estado de malestar. Ajuste y política social en América Latina". *Salud Pública de México*, mayo-junio de 1991.